

Nosotros, los malos

Nosotros, los malos

Celia Corral Vázquez

Primera edición, 2016

© Celia Corral Vázquez, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-945341-1-9



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Ilustración: José Antonio García Domínguez

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*Al increíble hombre del sombrero,
Que llenó nuestra vida de canciones y se marchó con una sonrisa.
Al final lo he conseguido.*

1. Un cuento que inventar

Una de las cosas que más me sacan de quicio, más aún que los anuncios de la tele justo en el momento más interesante de mi serie favorita o incluso más que esas pipas rancias que te amargan la boca y no te dejan saborear el resto de la bolsa, son las redacciones que nos manda la profesora de Lengua. No es que yo sea de esas niñas que pasan olímpicamente de hacer los deberes, qué va; yo me preocupo por aprobar. Reconozco que tampoco le suelo poner mucho empeño, pero lo que cuenta es intentarlo, ¿no?

Lo malo es que las redacciones no me salen ni a la de tres. Y todo iba bien hasta que a doña Aurelia se le ocurrió la feliz idea de que, ya que estábamos estudiando los géneros narrativos — en concreto el cuento— podríamos escribir nosotros uno. Y se entusiasmó tanto que, para más inri, decidió que iba a poner nota a nuestros cuentos, los cuales tendríamos que entregar como máximo el 23 de abril. *“Así hacemos honor al día del libro”*, nos dijo muy sonriente. Pues a mí no me hizo ni pizca de gracia, qué queréis que os diga.

Porque yo veía cómo se acercaba el 23 de abril y a mí seguía sin ocurrírseme ninguna idea para el cuento. Veía cómo mis compañeros de 5º C iban entregando, uno a uno, sus hojas escritas con historias que ocupaban toda una carilla, o incluso carilla y media, mientras que yo no era capaz de pasar de las

dos primeras líneas. Y, sobre todo, veía que doña Aurelia me iba a suspender Lengua y yo me quedaría sin la *playstation* 4 que mis padres habían prometido comprarme si las aprobaba todas. En definitiva, un desastre total.

Al final, el 20 de abril se me echó encima. Era martes al mediodía, el cuento había que entregarlo el viernes y yo lo único que tenía eran un montón de tachones en una hoja de cuaderno. Así se lo contaba a mi amiga Noe, que vive cerca de mi barrio, mientras íbamos de camino a casa con el sol abrasándonos la raya del pelo y las mochilas obligándonos a arrastrar los pies.

—¡Anda, hija! Si no es tan difícil —me dijo con esos aires de sabelotodo que le dan de vez en cuando. Noe es un poco repelente a veces, pero normalmente es buena persona—. Yo lo tengo escrito desde el domingo. Basta con coger un cuento cualquiera y escribir algo parecido.

—Eso ya lo he intentado, pero doña Aurelia me ha dicho que tengo que hacerlo de nuevo porque está mal —respondí refunfuñando.

A decir verdad, no había ocurrido exactamente así. Lo que yo le había entregado a la maestra había sido un cuento copiado y pegado enteramente de Internet. Aprovechando que podíamos escribirlo del tema que nosotros quisiéramos y aprovechando también el rato en el que mi hermano Nacho se despega por una vez del ordenador para ir a sus clases de guitarra —porque, con la tontería de que está en el instituto y necesita internet para trabajar, yo apenas toco el ordenador—, me conecté y me puse a buscar algún cuento que no fuese muy famoso para que no se notase que lo había copiado, e incluso di rienda suelta a mi astucia y me aseguré de que fuese de algún autor no muy

conocido. Antonio Rodríguez Almodóvar no me sonaba de nada y el cuento de *El caballito de siete colores* no lo había escuchado nunca, así que lo copié y lo imprimí, bien presentadito, con mi nombre debajo del título. El crimen perfecto... que resultó no ser tan perfecto.

Claro, ¿quién me iba a decir a mí que doña Aurelia conocía la historia y que, además, había leído todos los cuentos de Antonio Rodríguez Almodóvar? En cuanto se lo dejé en el escritorio y leyó las primeras líneas, ya me había pillado. Me echó la bronca por haberle intentado dar gato por liebre y por no esmerarme con las tareas que me enviaba, recordándome que ya había sacado dos suspensos y que, como no le entregara el cuento, corría el riesgo de suspender Lengua. También me dio un discurso sobre lo bien que me iba a venir escribirlo, *“tanto para mejorar tu expresión por escrito como para ganar autoconfianza y disciplina”*, según las palabras de la propia maestra. Y al final me dijo, con esa sonrisa amable que le sale cada vez que quiere hacernos sentir bien:

—Ya verás como puedes, Alejandra. Puedes divertirte mucho mientras lo escribes. Tú solo échale imaginación.

Total, que tuve que volver a mi sitio con mi hoja llena de tachones, con mis reservas de imaginación agotadas y maldiciendo por lo bajini. No es que doña Aurelia me caiga mal; aunque a veces se pasa de severa, es muy buena y comprensiva. Pero es que ¡menuda idea que se le había ocurrido!

Volviendo a lo que contaba, el caso era que Noe y casi todos los demás ya tenían escritas sus historias y yo estaba a dos velas. *«De esta tarde no pasa. Voy a escribir un cuento y voy a aprobar. ¡Y voy*

a conseguir la playstation 4», pensé en un arranque de optimismo mientras entraba en casa después de despedirme de mi amiga.

Como siempre pasa al volver del colegio, me encontré a mi familia ya sentada en el comedor y con la mesa puesta. Engullí el almuerzo a toda velocidad, con miedo de que el entusiasmo se me fuera si tardaba demasiado en ponerme a hacer los deberes. Estuve a punto de ahogarme cuando me atraganté con los espaguetis, pero lo solucioné bebiéndome medio litro de agua de golpe para bajar el bulto.

—¿Quieres hacer el favor de comer más despacio, niña? —me regañó mamá, mirando con desaprobación mi camiseta manchada de salsa de tomate y agua—. ¡Así es normal que te atragantes!

—Es que tengo prisa —me justifiqué en cuanto pude dejar de toser.

—No pasa nada porque tardes un par de minutos más en comer —dijo ella con la voz que pone durante sus charlas razonables—. Que tengas prisa no quiere decir que tengas que comer como un cerdo. Es de mala educación.

—Ale come como un cerdo porque eso es lo que es —saltó mi hermano, dando la brasa como siempre.

—¡Tú sí que eres un cerdo! ¡Y un *friki* que se pasa el día con los videojuegos! —respondí yo. Porque a mí, si alguien me busca, me encuentra.

—Nacho, vale ya —interrumpió mi padre, el conciliador por excelencia de la familia—. Y tú, Alejandra, no le sigas la corriente. Ya sabes que te lo dice de broma.

Nacho no volvió a chincharme, pero al cabo de unos segundos emitió un gruñido de cerdito mirándome de reojo y

yo le lancé una mirada asesina. Mi hermano y yo nos pasamos el día así, aunque en el fondo nos queremos.

Después del postre, me encerré en mi dormitorio y me tiré al suelo con el cuaderno de Lengua y el estuche bien a mano. Aunque tengo un escritorio la mar de bonito en mi cuarto, junto a la ventana, cuando llega la primavera y empieza a hacer calor prefiero hacer los deberes en el suelo, porque se está fresquito. Así que, ya acomodada en mi pedacito de suelo, lo primero que hice fue arrancar la hoja de los tachones del cuaderno para utilizar una nueva, a ver si así me llegaba la inspiración.

Nada de nada. Diez minutos me llevé con el lápiz en la mano y a la inspiración no le daba la gana de llegar.

—Vamos a ver, no puede ser tan difícil —murmuré para mí misma—. Si Manu lo ha hecho, que es un pasota y nunca hace nada, yo también puedo. Veamos, ¿cómo empiezan los cuentos de hadas de toda la vida?

«Érase una vez...», escribí. Vale, hasta ahí, perfecto. Envalentonada, seguí:

«... una princesa...». Genial, la cosa marchaba. ¿A quién no le gustan los cuentos clásicos de princesas? Ya me estaba entusiasmando, porque por fin me estaba saliendo el cuento.

«... que vivía en un castillo», obviamente, ¿dónde va a vivir si no una princesa?

«Pero entonces, un día...». Pero un día... ¿qué más?

Oh, no. ¡Me había vuelto a atascar! Intenté darle más vueltas a la historia. La princesa podría tener una madrastra malvada que la trataba fatal, pero entonces vendría un hada y la ayudaría... Entonces caí en la cuenta de que lo que se me estaba ocurriendo era el cuento de *La Cenicienta*. Pero, ¿y si en

vez de una madrastra malvada fuera a una bruja que decide maldecir a la princesa? Unas hadas podrían ayudarla y ocultarla en un bosque hasta que creciera para protegerla... Y entonces me di cuenta de que estaba empezando a pensar en husos y ruecas y de que aquello comenzaba a parecerse demasiado a *La Bella durmiente*.

Lo intenté más veces pero, le pasara lo que le pasara a la princesa, siempre acababa viniéndoseme a la mente otro cuento; *Blancanieves*, *Rapunzel*, *La sirenita*... ¡Ay! Ahora entendía lo que quería decir mi padre cuando se quejaba de que “todo está inventado”.

—Lo de la princesa no funciona —decidí, dándole la vuelta a la hoja—. ¡Mejor una historia educativa! A los profes les encantan las historias con moraleja. ¡Seguro que doña Aurelia me pone un diez con eso!

Así que empecé:

«Érase una vez un niño que siempre se portaba muy mal». ¡Ésa era la definitiva! Ahora sólo tendría que inventarme una forma de que el niño se llevara una lección y aprendiera que debía portarse bien.

Tampoco pudo ser. El dichoso niño seguiría siendo un demonio toda su vida, porque a mí no se me ocurría nada para llevarlo por el buen camino.

Ya a la desesperada, corrí hasta el teléfono del pasillo y marqué el número de Noe de carrerilla. Le iba a pedir ayuda; no me quedaba otra opción.

—¿Diga? —respondió la voz chillona de mi amiga por el auricular del teléfono.

—¡Noe, necesito tu ayuda urgente! —lloriqueé—. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Mi madre dice que exagero mucho las cosas y que estoy hecha una *reina del drama*. Yo no lo veo para tanto; solamente le doy emoción al asunto. Pero Noe ya me conoce muy bien y también debe de opinar igual que mi madre, porque no se dejó impresionar:

—Deja que lo adivine. Es por el cuento para Lengua, ¿a que sí? —dijo con tono de aburrimento.

—¡No se me ocurre nada! ¡Si no se lo entrego, doña Aurelia me suspenderá! No vas a permitir que tu querida amiga suspenda por tu culpa, ¿verdad? —Bueno, vale, reconozco que a veces me paso un poco.

—¿Qué dices? ¿Cómo que por mi culpa? ¡Que eres tú la que no es capaz de escribir una birria de cuento! —se defendió Noe.

—Está bien, no es tu culpa. Pero, ¿me ayudarás? ¡Venga, por favor, que tú ya tienes escrito uno, ayúdame! —supliqué.

—No puedo, Ale —declaró ella—. Es que a mí ya se me han agotado las ideas, no puedo inventarme otro para ti. Y el mío no te lo voy a enseñar, que luego doña Aurelia me suspende a mí también por copiarnos.

—Estoy en un buen lío —dije para intentar que se sintiera culpable. Pero Noe ni se inmutó. Tiene un corazón de hielo, esta chiquilla.

—¡Venga, hasta mañana! —se despidió alegremente y me colgó sin más.

Yo empecé a entrar en pánico. ¿Y ahora qué? Mi llamada de socorro tampoco había servido. ¿A quién más podía recurrir? Bea me iba a responder igual que Noe. Iván, tres cuartos de lo mismo. ¿Y Javi...?

No, ninguno de ellos me iba a solucionar nada. Poco a poco, me iba dando cuenta de la dura verdad; sólo había una persona que podía ayudarme, sólo una persona que tenía imaginación de sobra para dar y tomar, que podía inventarse cien cuentos sin repetir ninguno.

Zacarías, el niño más plasta, borde y repipi de la clase o directamente de todo el mundo.

Zacarías y yo nos llevábamos a matar. Desde que llegó nuevo al colegio en tercero, a mediados de curso, y la profe lo sentó en la mesa de al lado, empezamos a discutir. Simplemente, no nos aguantábamos; él siempre tenía una queja para todo lo que yo decía, y yo siempre replicaba a todo lo que protestaba él.

Siempre andaba presumiendo, como si fuera mejor que los demás. Tanto que, en los recreos, no se venía a jugar con los de la clase, sino que se sentaba solo y se ponía a garabatear eternamente en un cuaderno que tenía. Un día, para hacerlo rabiar, se lo quité sin que se diera cuenta y le eché un vistazo. Lo que me encontré allí fue ni más ni menos que un centenar de cuentos diferentes, todos y cada uno de ellos inventados por el mismo Zacarías. Cuando él me vio con su cuaderno, corrió a quitármelo de las manos a lo bruto y no me volvió a dirigir la palabra, ni siquiera para meterse conmigo. Pero yo ya sabía la verdad; que Zacarías, a pesar de ser más pesado que una vaca en brazos, era un genio inventando cuentos. Y ahora era mi última esperanza.

—En fin —suspiré—. No me queda más remedio. En casos como éste, lo mejor es aliarse con el enemigo.

Dicho y hecho, cogí la libreta donde tenía apuntados los números de todos mis compañeros de clase y marqué el número de Zacarías. Me cogió el teléfono una mujer:

—Residencia del señor Miguel de la Vega, ¿con quién hablo?
Me quedé un poco cortada por ese saludo tan finolis, pero en seguida pregunté:

—Hola, ¿está Zacarías?

—Sí, ¿de parte de quién?

—Soy Alejandra, una amiga de su clase. —Lo de “amiga” lo dije con la boca pequeña, pero no estaba la cosa como para andarme con sinceridades.

—¿Ah, sí? —La mujer parecía sorprendida—. Un momento, voy a llamarlo.

Al rato se puso Zacarías. Por supuesto, en seguida empezó con sus *borderías*:

—¿Qué es lo que te pasa ahora, quejica? ¿Ni siquiera cuando estoy en casa me puedo librar de ti? —me soltó ni corto ni perezoso, sin ni siquiera saludar.

—¡Oye, tú, que ahora no te he dicho nada! —me defendí. Procuré no ser desagradable, puesto que estaba intentando pedirle un favor y no era plan de ponerse chula—. Mira, vamos a olvidarnos de nuestras peleillas tontas por un momento, que quiero pedirte una cosa.

Y le expliqué mi problema con el cuento. Antes de que terminara, Zacarías ya había adivinado lo que quería de él:

—Claro, qué lista; ahora pretendes que te lo escriba yo. ¡Pues la llevas clara! Además, hace falta ser cortita para no poder inventarte un cuento.

—¡Que me dejes en paz, pelmazo! —exclamé. Pero en seguida me acordé de que debía conseguir que me ayudara a toda costa y volví al método de la súplica—. ¡Por favor, Zacarías, necesito tu ayuda! Si no entrego el trabajo, me quedará Lengua y mis padres no me comprarán la *play* 4. ¡Si te

lo estoy pidiendo a ti es porque sé que eres como una máquina de escribir cuentos! Venga, ven a mi casa a ayudarme con el cuento, *porfa...*

Me sentí mezquina y una pelota, pero en seguida me di cuenta de que Zacarías se había quedado callado. ¿Y si había funcionado...?

—Me lo pensaré —dijo al final—, pero con una condición.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Que me dejes jugar con la *play* cuando te la compren.

—¿Cómo? —Eso sí que no me lo esperaba. Lo malo era que, si aceptaba, tendría que dejarle venir a casa siempre que le diera la gana de jugar. Pero qué se le iba a hacer; podría ser peor—. Vale, me parece bien. ¡Gracias, Zacarías! Te veo en un rato, ¿vale?

—Oye, que no he dicho que sí. He dicho que me lo pensaré. Adiós. —Y el muy fresco colgó el teléfono dejándome más planchada que un felpudo.

—¡Tendrá morro, el tío! —exclamé hecha una fiera volviendo a mi cuarto.

Evidentemente, Zacarías no iba a venir. Aquello era la venganza por haberle cotilleado el cuaderno.

Todavía echando chispas, regresé con mi lápiz y mi hoja tachada, venga a darle vueltas a la princesa y al niño que se portaba mal a ver si era capaz de sacar algo más. Lo peor era que el cabreo me impedía pensar.

Después de un buen rato sin hacer nada más que dar golpecitos con el lápiz en el papel, seguía exactamente igual que antes. Aburrida, me senté con las piernas cruzadas y apoyé la cara en las manos.

—Había una vez una princesa... Había una vez una princesa... —repetí una y otra vez, a ver si así aparecía en mi cabeza, como por arte de magia, alguna frase que siguiese a aquel inicio.

—¿Qué te pasa? ¿Te has atascado en el principio? —me preguntó una voz aguda que sonó detrás de mí.

—Sí. No soy capaz de seguir —respondí ya medio dormida.

Justo después, como si me hubieran dado un pinchazo en la espalda, me puse tiesa como una estatua.

Un segundo. Allí fallaba algo.

Yo estaba sola en mi cuarto.

Si estaba sola, quería decir que no había nadie más aparte de mí.

Pero aquella voz no había sido mi voz.

Lo cual quería decir que en realidad no estaba sola.

Me giré lentamente. Entonces me di cuenta de que, efectivamente, hacía un rato que no estaba sola en mi habitación. Detrás de mí había una criatura que no mediría más de un metro y medio. Era una chica, eso estaba claro; una chica completamente blanca como la nieve, tanto su piel como su pelo, sus ojos o su ropa. Parecía una muñeca sin colorear dibujada por un niño pequeño, como esos dibujos que hago a veces con el *Paint* cuando juego con el ordenador. Pero ésta no era un dibujo; estaba vivita y coleando, y me estaba hablando a mí.

—¡Hola! —saludó muy sonriente, agitando la mano al darse cuenta de que ya la había visto—. Eres Alejandra, ¿verdad? ¿Qué tal todo?

2. Míganos

Me llevé tal susto que no pude decir una palabra, así que me quedé un buen rato con la boca abierta como un túnel y la mirada fija en aquel monigote que me sonreía esperando una respuesta. Debí de cansarse de esperar, porque dejó de sonreír y me dijo:

—Eh, que te estoy hablando. ¿Qué te pasa?

—Ay, madre mía —murmuré abatida—. Ay, ¡ay, que me he vuelto loca!

Si ya me lo decía mi abuelo cuando me pillaba poniendo caras raras delante del espejo: *“A esta niña le falta un tornillo”*. ¡Y tenía razón! ¡Ahora había empezado a tener alucinaciones en blanco y negro! Y lo peor es que la alucinación seguía empeñada en charlar conmigo.

—¿Pero de qué hablas? ¿Qué loca ni loca? —preguntó extrañadísima, levantando la fina línea negra que tenía por ceja izquierda—. Oye, no te pongas nerviosa, no voy a hacerte daño. Sólo quiero hablar contigo sobre...

—¡Espera un segundo! —interrumpí. Agarré el lápiz con el que estaba intentando escribir, me puse de pie frente al monigote parlante y, rápidamente, le clavé la punta afilada en la mejilla.

—¡Au! —se quejó, apartándose de mí—. ¡Eso duele! ¿A qué ha venido?

—Vale, si eso te pincha significa que no eres un fantasma — declaré, orgullosa de mis deducciones—, y también significa que yo debo de estar muy, *muy* loca.

—¡Que no estás loca, leñe! —atajó ella con desparpajo—. No soy ni un fantasma ni una visión. Soy real. Mi nombre es Ima, y soy tu *mígaca*.

—¿Mi *migaqué*? —No tenía ni idea de lo que significaba. Tampoco es que me importara mucho en ese preciso momento, ahora que empezaba a entenderme con mi alucinación que decía no ser una alucinación.

Pero entonces, a través de la puerta cerrada, escuché el torrente de voz de mi madre llamándome:

—¡Alejandra! Está aquí Zacarías, que dice que habéis quedado para hacer los deberes.

—¡A buenas horas se le ocurre venir! —exclamé en voz bajita para que mamá no me oyese.

Entonces escuché dos pares de pasos acercándose a mi habitación y empecé a ponerme nerviosa de verdad. «*Zacarías y mi madre vienen hacia aquí, y yo con un monigote blanco y negro en el cuarto!*», pensé. Entonces, hice lo primero que se me ocurrió:

—¡Métete en el armario! ¡Corre! —susurré, mientras conducía a Ima rápidamente hacia el ropero.

—¡Eh! —protestó cuando la empujé dentro y cerré la puerta, girando después la llave para que no pudiese salir. En seguida escuché que Ima daba golpes desde dentro, protestando para que la sacase de allí—. ¡Déjame salir! ¡Que aquí dentro no se ve nada y apesta a pino!

—Silencio, Ima —murmuré, escuchando cómo mamá y Zacarías llegaban ya a la puerta del dormitorio—. En cuanto se vayan te sacaré de ahí.

Por suerte me hizo caso y, cuando se entreabrió la puerta y mi madre asomó la cabeza, Ima había dejado de hacer ruido.

—Mira, aquí está —le indicó mamá a Zacarías, abriendo por completo la hoja de madera para que el niño pudiera pasar—. Bueno, os dejo con vuestros quehaceres. Papá y yo nos vamos a trabajar pero, si necesitáis algo, Nacho está en su cuarto. Portaos bien, ¿eh? ¡Hasta luego! —y, dicho esto, cerró de nuevo la puerta y se marchó.

Zacarías apenas se detuvo un segundo a mirar a su alrededor antes de empezar directamente a, digamos, ser él mismo.

—Que sepas que tienes suerte de que al final haya decidido venir —dijo a modo de saludo. Se sentó en el suelo, al lado de mis cuadernos. Tras unos segundos de silencio absoluto en el que ninguno de los dos hizo nada más que mirar al otro, se encogió de hombros y me preguntó:—. Bueno, ¿te vas a quedar ahí pasmada o quieres que te ayude con el cuento?

Yo, que todavía tenía la cabeza completamente centrada en el asunto del monigote, me había olvidado de por qué había invitado a Zacarías. Cuando me acordé, intenté hacer como si nada hubiera pasado, fingir que todo estaba tan normal como siempre, así que me senté con él en el suelo. Lástima que estuviera tan nerviosa que tropecé con mis propios pies y me caí sobre los cuadernos como un saco de patatas. Zacarías me miró como si me faltara un tornillo mientras yo me reía como una boba.

—¡Ay! Bueno, ¿por dónde íbamos? —pregunté, levantándome y sentándome como es debido. Apenas podía pensar en lo que estaba diciendo, porque mientras hablaba tenía los oídos a la escucha por si se oía al monigote moverse dentro del armario.

—Si todavía no hemos empezado —replicó Zacarías con su tono repelente de siempre—. A ver, enséñame lo que has escrito.

En otras circunstancias no le hubiera enseñado mi hoja de papel llena de tachones por nada del mundo, porque sabía que se reiría de mí. Pero en aquella ocasión, antes de darme cuenta, ya le había dado sin pensar la hoja con mis humillantes “intentos de cuento”. Para cuando volví en mí, Zacarías ya se estaba mondando a carcajada limpia.

—¡Pero, vaya porquería de cuentos! ¿Esto es todo lo que has escrito? —preguntó, todavía riéndose.

—¡Oye, tú! ¡Menos guasa! —Al final reaccioné al escuchar al plasta de Zacarías burlándose de mi preciada obra—. No te he invitado para que te rías de mí. Como te vuelvas a pasar un pelo te quedas sin jugar a la *play* 4 —y sonreí orgullosa de la amenaza tan bordada que me había salido.

—Bueno, espera, vamos a ver —Zacarías picó en lo de la consola y dejó de reír en seguida—, es que esto está fatal. ¿Una princesa y un niño que se porta mal? Eso está muy visto. Y si encima lo dejas ahí y ni siquiera intentas seguir...

—Sí que lo he intentado —interrumpí, pero Zacarías siguió hablando, a lo suyo:

—... porque seguro que pensabas escribir un cuento aburrido y soso, de estos que ya has escuchado un millón de veces. Al final la princesa se queda con el príncipe y viven felices y comen perdices, ¿verdad? O el niño aprende la lección y empieza a portarse bien. Bueno, seguro que la profe te pondría el aprobado con tal de que terminaras de escribirlo, pero eso sería un rollo. ¿Por qué inventarse una historia que te deje frío cuando puedes escribir una aventura emocionante? —

Zacarías parecía muy en su salsa, como si le hiciese ilusión lo que estaba diciendo. Está chiflado, os lo digo yo.

—No, no, a ver... —Viendo que el chaval estaba empezando a crecerse decidí pararle los pies y aclararle las cosas—. Zacarías, que yo lo único que quiero es aprobar. Escribir un cuento entero, da igual que sea *aburrido y soso*. No hace falta que sea una aventura emocionante ni nada de eso; sólo quiero entregarlo lo antes posible.

Pero Zacarías se quedó desconcertado, como si hubiera dicho algo que no tenía sentido.

—¿No te importa entregar una bazofia escrita en cinco minutos, como van a hacer todos los demás? —preguntó—. ¿Prefieres acabar pronto en vez de crear una historia nueva, y poder estampar en un papel las ideas más originales que imagines?

A mí ya empezaba a mosquearme el tono de sabihondillo profundo con el que empezaba a hablar. Así no me estaba ayudando.

—Pues sí. Deja las ideas de mi cabeza donde están y ayúdame a escribir un cuento cualquiera, anda.

—¿Pero cómo puedes decir eso? ¡Inventarte una historia es lo mejor del mundo! Yo me invento una cada día —presumió.

—Sí, porque tú eres un bicho raro y yo no —repliqué.

—No, es porque yo tengo imaginación y tú no. —Admito que ahí tenía razón el chaval, pero ni loca pensaba dársela—. Seguro que es porque no lees nada.

—¡Sí que leo! Leo muchas veces. Tengo una estantería llenita de libros, que lo sepas.

—Pero a saber qué lees. Bueno, la cuestión es que he tenido que dejar de ver mi serie favorita para venir a ayudarte, así que

aquí mando yo. Y yo digo que vamos a escribir un cuento original y punto.

—¡Sí, hombre, porque tú lo digas! Aquí mando yo, que para eso es mi casa...

Y otra vez nos pusimos a discutir. Zacarías seguía empecinado en su cuento original, y yo no quería dar mi brazo a torcer. Entonces, para mi desgracia, un ruido nos interrumpió e hizo que nos calláramos.

Unos golpes que venían desde mi armario.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zacarías, entre extrañado y asustado.

«¡Horror! ¡Desastre! ¡Catástrofe!» pensé. Dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¿El qué? ¿Esos golpes? Es la vecina de arriba, que de vez en cuando se pone a bailar sevillanas —y me dio por reírme como una tonta para restarle importancia.

—Ah... —murmuró él, poco convencido.

Pero, cuando parecía que había colado y que Zacarías iba a seguir a lo suyo, Ima volvió a la carga:

—¿Puedo salir ya? ¡Me *abuuuurro!* —canturreó desde dentro del ropero, dando golpecitos en la puerta.

—¡Ay! ¿Qué es eso? —Zacarías se levantó de un salto, mirando el armario con temor.

«¡Horror, horror, cien veces horror!»

—¡Es el gato! —exclamé desesperada.

—¿Guardas el gato en el armario? —acusó el.

—Sí... es que si no se me pierde...

—¿Y habla?

—No, hombre, no. Es que está un poco ronco y suena raro al maullar... —Hasta empecé a sudar de lo nerviosa que me

estaba poniendo. Ya se me estaban acabando las excusas absurdas cuando Ima empezó a aporrear las puertas cada vez con más fuerza. Zacarías corrió a esconderse debajo de la cama. Yo me quedé de pie en medio de la habitación sin saber qué hacer.

Entonces, el cerrojo del armario cedió y el monigote blanco salió flechado hacia afuera, cayendo a mis pies en el suelo. Se levantó felizmente y se sacudió el polvo de la ropa con sus manos rectangulares, carentes de dedos.

—¡Buf, qué calor hacía ahí dentro! —exclamó sonriente, echándose la melena hacia atrás—. Era como estar en una lata de sardinas. Claro, que no es que yo haya estado nunca en una lata de sardinas, pero entiendo cómo deben de sentirse...

—¡Ima! ¡Te dije que no salieras! —la reprendí enfadada. Ahora a ver cómo le explicaba aquello a Zacarías. Ya me olía que al final me iba a quedar sin cuento.

Ima parecía arrepentida:

—Jo, es que me aburría. Ahí dentro sólo había oscuridad y un montón de ropa. Además, las perchas me pinchaban en la espalda, y encima me picaba el pie y no llegaba a rascarme...

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Zacarías. Aún estaba escondido bajo la cama, pero había sacado medio cuerpo fuera para ver qué había pasado.

—Tranquilo, Zacarías. Esto tiene una explicación muy sencilla... —empecé yo, intentando inventarme una excusa creíble sobre la marcha. Pero él siguió hablando y no me dejó terminar:

—¡Tú también tienes un mígaco!

—¿Que... qué? —Yo estaba completamente desorientada. Ya iban dos veces que me mencionaban la palabra *mígaco*, y yo seguía sin tener ni pajolera idea de qué era un mígaco.

—¡Pues claro que tiene uno! —le espetó Ima a Zacarías con chulería—. Todo el mundo tiene un mígaco. Lo que pasa es que poca gente nos presta atención.

Estupendo, ahora resultaba que Zacarías y *mi* monigote blanco estaban hablando tan amigos. Me saca de mis casillas cuando todo el mundo sabe qué se cuece menos yo.

—Esperad, esperad, esperad —pedí haciendo aspavientos con los brazos, a ver si así me prestaban un pelín de atención—. ¿Se puede saber qué es lo que está pasando aquí?

—¿Cómo? ¿No conoces a tu propia mígaca? —preguntó Zacarías con voz burlona, saliendo de debajo de la cama a gatas.

—Es que nos acabamos de conocer —le explicó Ima por mí—. Venía a ofrecerle ayuda con el cuento, pero entonces has llegado tú y... —resumió el resto de la frase señalando el armario abierto.

—A ver, Alejandra —Zacarías se volvió hacia mí y adoptó la voz de hombre del tiempo que le salía siempre que me explicaba algo—. Los mígacos son seres mágicos que se nutren de la imaginación de las personas y las acompañan toda su vida. Cuanta más imaginación tengas, más fuerte será tu mígaco y mayores serán sus poderes mágicos.

—¡Venga ya! —exclamé yo, maravillada. Observé a Ima de arriba abajo, intentando encajar lo que me acababa de contar Zacarías en aquel monigote, que era tan poquita cosa.

—¿Qué? —me preguntó ella, incómoda por mi vigilancia, mientras se re peinaba la cabeza con las manos—. ¿Tengo mal el pelo?

—¿De verdad tienes poderes? —le pregunté—. ¿Qué cosas puedes hacer?

—En realidad, yo puedo hacer más bien poco —confesó Ima un poco avergonzada, mirándose los pies—. La mayoría de los mágacos tienen el poder de sumergir a sus humanos en sus propias historias, hacer que se hagan realidad. Pero yo no tengo poder suficiente para hacer eso...

—¡Ja! ¿Qué te dije? —se mofó Zacarías señalándome con el dedo—. Tienes tan poca imaginación que la pobre Ima no tiene con qué nutrirse. Mírala, qué blanca está.

—¡Oye, no te pases! —Ima me robó las palabras de la boca antes de que yo pudiera decirlas.

—Vale, vale. Pero que sepáis que la verdad duele —replicó el engreído.

De buenas a primeras, metió las manos por el cuello de su camiseta y empezó a rebuscar por debajo. Yo ya me estaba preguntando si le picaba el pescuezo o algo así cuando Zacarías encontró lo que estaba buscando, lo sacó por el cuello de la ropa y nos lo mostró; llevaba una cuerdecita atada a modo de collar y de ella colgaba una especie de silbato de madera muy pequeño.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ahora vais a ver —dijo.

Entonces, se llevó el silbato a la boca y sopló fuerte. No sonó un pitido como el de esos odiosos silbatos de carnaval, sino más bien como el silbido de las flautas traveseras de las que tanto nos habla el maestro de música en clase.

Entonces, el ruido de un batir de alas llegó hasta mis oídos. Miré hacia todos lados intentando averiguar de dónde procedía el aleteo. Ima se agarró fuertemente a mi brazo, asustada. Al tocarla me di cuenta de que parecía hecha de goma. Zacarías sonreía.

De pronto, una nube de humo y chispas blancas surgió de la nada justo al lado del niño. Ima y yo retrocedimos un par de pasos, pero él no se movió. La nube creció y creció hasta que se hizo más alta que todos nosotros. Entonces, empezó a disiparse y una figura comenzó a distinguirse en medio de la neblina. Cuando los restos del humo se esfumaron por completo, me di cuenta de que me había quedado de nuevo boquiabierto.

—¡Guau! —exclamé.

Y es que tenía ante mí a un hombre de piel y ojos de color verde oscuro, con un pelo azul marino, larguísimo, recogido en rastas hacia atrás. Vestía con unas ropas que le hacían parecer una mezcla entre un temible guerrero y un rey poderoso, con franjas doradas aquí y allá y miles de adornos cosidos en los pliegues de la tela. Pero lo más llamativo de su apariencia eran las dos alas blancas que le salían de la espalda, y que en ese momento le colgaban a medio plegar a ambos costados.

—Os presento a mi mágico —declaró Zacarías con orgullo, señalándolo de arriba abajo con un gesto lleno de florituras—. Ale, Ima... éste es Noi-Suli.

—Encantado —dijo Noi-Suli con voz grave y, acto seguido, sonrió enseñando unos dientes tan blancos que parecían teclas de piano.

—¡Hala, qué chulo! —exclamó Ima correteando hacia él para observarlo más de cerca, como quien admira un cuadro.

—¡Es precioso! —Reconozco que yo también estaba impresionada, y empecé a girar los pliegues de la ropa de Noi-Suli para verlos mejor—. ¡Cuántos adornos tiene!

—¡Pero bueno! ¿Queréis dejar de hablar de mí como si fuera un poni? —protestó Noi-Suli mientras apartaba con una mano a Ima, que se había puesto a darle tironcitos de las rastas.

—¿Lo ves? Yo siempre estoy inventándome historias, y Noi-Suli las hace realidad para que pueda vivirlas en primera persona y conocer los detalles —explicó Zacarías—. No te imaginas la de veces que hemos viajado a cuentos diferentes y vivido miles de aventuras. Y, gracias a eso, mi imaginación crece, Noi-Suli se vuelve más poderoso y su aspecto también se llena de detalles. Es como un círculo vicioso, pero en positivo.

—¿Entonces es por eso que Ima es tan... tan... —intenté decirlo sin ofender a la pobre mágica, que se había quedado de nuevo cabizbaja—... tan simple?

Zacarías asintió, un poco triste.

—Pero no es sólo eso —intervino Noi-Suli tras recuperar la compostura—. La apariencia es lo que menos importa; la cuestión es que la estás privando de imaginación, que es lo que le da vida y fuerzas. Le estás quitando a Ima su razón de ser. Es como quitarle el agua y el sol a una semilla que está por crecer —concluyó con voz solemne.

Las palabras de Noi-Suli me hicieron sentir mal. Porque me di cuenta de lo mal que lo debía de estar pasando Ima y entendí que, en realidad, yo era un poco culpable de eso. Pero sólo un poco, ¿eh? Tampoco hay que pasarse.

—¿Y qué podemos hacer para que vuelvan sus poderes? —pregunté a Noi-Suli, que parecía bastante sensato—. Ya has escuchado a Zacarías; no tengo ni gota de imaginación.

—No hace falta que lo jures —refunfuñó Ima. Cuando la fulminé con la mirada, se hizo la sueca y miró hacia otro lado silbando.

—Pero la imaginación puede cultivarse —me animó Noi-Suli—, para conseguirlo sólo hay que empezar. Invéntate una historia para tu cuento; será el primer paso para ayudar a Ima. El resto vendrá solo.

—Entonces estamos igual que al principio —me dejé caer al suelo, abatida—. No soy capaz de inventarme nada. Lo he intentado y no me sale. Dejad de darme la lata con eso.

Por el rabillo del ojo, vi que Noi-Suli abría la boca para hablar, pero Ima le hizo un gesto para que callara. Se hizo un silencio incómodo, de éstos tan molestos que surgen cuando vas en un ascensor con gente desconocida o cuando entras en la sala de espera del dentista. Por suerte, Zacarías no tardó en romper ese silencio:

—Se me ha ocurrido una idea que podría funcionar —miró a Noi-Suli, quien asintió con la cabeza para que continuase—. He pensado que, como parece que Ale no es capaz de empezar a inventar nada ella sola, podríamos darle un empujoncito. Es decir, que yo podría proponer una idea inicial para un cuento; entonces, tú la harías realidad —miró de nuevo a Noi-Suli, señalándolo— para que todos pudiésemos meternos dentro de él. Y, a partir de ahí, dejaríamos que la historia siguiera su curso. ¿Qué os parece?

Tal y como lo había explicado, no parecía mal plan. No puedo negar que me inquietaba la idea de meterme dentro de un cuento de buenas a primeras; ni siquiera sabía bien qué significaba eso. Miré a los demás y me di cuenta de que parecía gustarles la proposición.

—Eh, suena divertido —aprobó Ima, dando palmaditas con sus manos rectangulares—. Es como ir a probar suerte al Mundo de la Fantasía, a ver qué nos depara el destino. ¡A lo mejor así encuentras la inspiración, Ale!

—Pero vamos a ver —intervine—, frenad un poco, que así no hay manera de que me entere. ¿El Mundo de la Fantasía?

—El mundo del que venimos —explicó ella—, donde nacemos y vivimos los mágicos antes de empezar a acompañar a nuestros humanos cuando nacen, y a donde vamos cuando no merodeamos por vuestro mundo. Es un lugar *enooorme* que nunca termina, se va ampliando con cada nueva historia que hacemos realidad para los humanos. Ya verás, es un sitio muy divertido.

—A mí me parece bien el plan —afirmó Noi-Suli con una sonrisa de conformidad—. Entonces, ¿qué dices tú, Alejandra?

Los miré uno por uno, indecisa. Los tres me observaban con los ojillos brillantes, como un cachorrito que quieren que lo saquen a pasear. Sobre todo Ima, que parecía contenta por la posibilidad de conseguir los poderes a los que tenía derecho como buena mágica. Al final, volví a sentirme culpable —ya veis, altruista que es una— y decidí que no iba a pasar nada por probar. A lo mejor, como decía Ima, acabaría siendo divertido y todo. ¿Acaso no sería genial convertirme en una princesa o un hada de cuento?

—Vaaaale, está bien —acepté.

—¡*Yuju!* ¡Toma ya! —chilló Ima, y comenzó a bailotear y saltar por todo mi dormitorio.

—Estupendo. ¡Pues nos vamos cuando queráis! —exclamó Noi-Suli, también entusiasmado.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? —pregunté ansiosa—. Dame tiempo a preparar la maleta aunque sea, anda.

—No creo que te haga falta ninguna maleta —razonó Zacarías. Por primera vez en aquel día... No, corrijo, por primera vez *en la vida* me estaba hablando de forma amistosa, sin presumir, sin insultar. Increíble, pero cierto—. Además, ¿no decías que querías acabar el cuento cuanto antes?

Total, que tuve que tragarme el efecto de mis propias palabras y quedarme calladita mientras observaba cómo Zacarías y Noi-Suli empezaban a esparcir un montón de *mis* preciados folios por el suelo, formando un gran cuadrado con ellos. Ima no colaboró, porque estaba demasiado ocupada saltando en la cama. ¡Ay de mí si hubiera entrado mi madre en la habitación en ese momento, ay de mí!

—¿Para qué es eso? —pregunté, agachándome a mirar el rectángulo de hojas de papel con cuidado de no pisarlo.

—Es para pintar un portal por el que poder entrar dentro de nuestro cuento. Los folios son para no pintorrear el suelo —explicó Zacarías. Parecía que ya tenía cierta práctica con aquello de los portales, así que confié en él y no me preocupé demasiado.

Cuando terminaron con los folios, Zacarías y Noi-Suli cogieron dos rotuladores de mi escritorio y empezaron a dibujar dos líneas a lo largo de la hilera de hojas de papel. Cuando terminaron, vi que habían trazado dos rectángulos, uno un poco más pequeño que el otro, como si fuese el marco de una puerta.

—¿Ya está todo preparado? —preguntó Ima. Había dejado de saltar y se había dejado caer, sentándose en el borde de la cama para mirar cómo dibujaban los otros.

—Sí. La puerta ya está lista —sentenció Noi-Suli volviendo a ponerle el capuchón al rotulador—. Sólo nos falta saber el rumbo.

Todos miramos a Zacarías. Éste se llevó una mano a la barbilla. Me di cuenta de que estaba nervioso, como si de pronto le diera vergüenza hablar. «*Ojalá le pasara más veces*», pensé.

—He estado dándole vueltas a una cosa que se me ocurrió el otro día —dijo con la vista fija en el suelo—. Me di cuenta de que siempre enfoco las historias que me invento de la misma forma. Siempre hay unos protagonistas y unos malos que les dan problemas. Y, al final, ganan los buenos y los malos se ponen de su parte, son derrotados o, simplemente, desterrados para no volver nunca más. Siempre es lo mismo.

—Hombre, ¿cómo quieres que acabe si no? —razoné—. Si no ganaran los buenos sería un final muy feo, muy triste. Como cuando se murió el prota de *Titanic*, que después de verla me pasé dos días llorando...

—Pero no tiene por qué ser así —interrumpió Zacarías, cortando de golpe mi batallita de *Titanic* y los lagrimones que estaba preparando para soltar al acordarme del pobre Jack—. Es decir, ¿lo hemos probado alguna vez? ¿Por qué no vemos qué tal nos va siendo los malos del cuento esta vez?

—Podría ser interesante —murmuró Noi-Suli pensativo.

—Pero... pero... —yo tartamudeé sin saber qué decir para protestar. No me gustaba mucho la idea de ser la mala de la historia. ¡Tiene guasa que, para una vez que nos metemos en un cuento, lo tengamos que hacer siendo los malos! A la porra con mis fantasías de ser princesa o hada.

—Ni peros ni peras —me dijo Ima con resolución—. Ya has dicho que sí, así que ya no hay vuelta atrás. ¡Venga, Ale, relájate y disfruta!

—¿Preparados, entonces? —preguntó Noi-Suli con un tono épico en su voz. Zacarías asintió con la cabeza enérgicamente. Ima se puso a dar saltitos nerviosos sin moverse del sitio. Yo me encogí de hombros, rindiéndome ante lo inevitable. Si no puedes vencerlos, únete a ellos.

El mígaco retrocedió un paso mirando fijamente el portal dibujado en el suelo. Los demás lo imitamos, alejándonos del rectángulo. De pronto, Noi-Suli empezó a hacer un movimiento extraño con los brazos, como si estuviese batiendo huevos en el aire. Yo ya le iba a preguntar si le estaba dando un soponcio cuando me di cuenta de que, en medio de aquel baile tan raro, una especie de masa de un vapor de diferentes colores acababa de aparecer, haciéndose más y más grande hasta convertirse en una esfera multicolor que giraba y giraba entre las manos en movimiento de Noi-Suli. Ima empezó a imitar el sonido del redoble de un tambor con la boca.

Y, rápido como un rayo, el mígaco agarró la esfera de colores con las dos manos y la lanzó fuertemente hacia el centro del portal, como si quisiera estrellarla contra el suelo. Pero no se estrelló, ni siquiera hizo ruido; la puerta dibujada con rotuladores la absorbió y se iluminó durante un segundo, con una luz amarillenta que casi me dejó ciega. Pero antes de que pudiera ni siquiera quejarme, un remolino de colores salió del rectángulo iluminado, girando y girando sobre sí mismo y creciendo hasta llegar al techo. Yo pegué el grito padre, pero los demás estaban demasiado ensimismados con el tornado de colorines como para hacerme caso.

Entonces, el torbellino empezó a hacerse más y más ancho, comenzando a cubrir cada rincón del dormitorio. Yo me pegué a la pared con la esperanza de que aquella cosa no me tocara, pero no hubo forma de evitarlo.

Mientras sentía cómo el tornado de colores llegaba hasta mí y me arrastraba, haciéndome flotar y dar vueltas cada vez más rápidas alrededor del portal del suelo, lo último que pude escuchar en medio de todo el ajetreo antes de ser absorbida por la puerta de luz fue la voz de Ima gritando emocionada:

—¡Abrochaos los cinturones, que nos vamos! ¡Empieza la aventura.

